

I. Repaso y Visión de Conjunto

Uno leído, 72 por leer

Tal vez se preguntarán, si con tres lecciones solamente hemos podido ver el primer libro de la Biblia, ¿cómo vamos a poder leer los demás en las tres lecciones que faltan? Un libro leído, ¡y quedan 72 para leer!

Recuerden, estamos realizando un vuelo de pájaro de la Sagrada Escritura en este curso. Queremos enseñarles los grandes temas que conectan los libros individuales de la Biblia unos con otros para convertirlos, de verdad, en “capítulos” de un solo libro, la “Palabra de Dios.”

Nuestro curso se estructura alrededor de las “cumbres” de la historia de la salvación: la alianza de la creación con Adán; el diluvio y la alianza con Noé; con Abraham; con Moisés en el Sinaí, con David, y por fin la Nueva Alianza que inauguró Jesucristo. Si entienden bien estas “cumbres” van a poder ver cómo cada libro de la Biblia se integra en el conjunto de la Palabra de Dios.

Esta es la razón por la que hemos pasado tanto tiempo en estudiar Génesis, y por la que vamos a tomar esta lección para hablar de la experiencia de los Israelitas como se cuenta en Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio.

Antes de empezar sería bueno revisar las tres primeras lecciones. Tal vez esta vez se fijen en algo que no les llamó la atención en la primera lectura: hemos estado escogiendo ejemplos de todas partes de la Biblia para entender lo que estamos leyendo. Hemos visto cómo varias historias de Génesis fueron entendidas e interpretadas en casi una docena de libros del Antiguo Testamento, en cada uno de los Evangelios, en las epístolas del Nuevo Testamento y en el Libro de Apocalipsis.

No dejen de buscar las citas y referencias que hacemos a otros libros de la Biblia. Primero, les va a dar más familiaridad con la Biblia entera. Pero, en segundo lugar, y más importante, esto va a profundizar su entendimiento, ayudándoles a leer el Antiguo Testamento a la luz del Nuevo y el Nuevo a la luz del Antiguo.

En esta lección, también, noten estos tipos de conexiones, especialmente en el Libro del Éxodo, donde vamos a encontrar imágenes e ideas que recurren una y otra vez en el Antiguo y el Nuevo Testamentos: la figura de Moisés, la idea del “Cordero de Dios”, la Pascua y más.

La Historia hasta este punto

A manera de resumen breve, esto es lo que hemos visto hasta hoy.

Dios creó el mundo de la nada, y creó al hombre y a la mujer “a su imagen y semejanza” como sus hijos, para tener dominio sobre su divino reino en la tierra. Dios realizó una alianza con ellos, prometiendo derramar sus bendiciones sobre ellos, y por ellos sobre el mundo entero.

Pero Adán y Eva rompieron esa alianza, rechazando su real derecho de primogénitos hijos de Dios. Creciendo en exilio del santuario del jardín original, sus hijos llenan el mundo con sangre y todo tipo de males.

Entonces Dios en efecto creó el mundo de nuevo, destruyendo lo malo y salvando lo justo en un gran diluvio. Empezó su familia de nuevo con la familia de Noé. Pero Noé cae también, y el mundo se llena con disturbios. El esfuerzo de las naciones en construir una torre que alcanzara los cielos para darle gloria a sus *propios nombres*, y no al nombre de Dios, ilustra su desviación.

Desde Babel, Dios dispersa las naciones a los cuatro puntos cardinales de la tierra, dividiendo la familia humana por una multitud de lenguas y culturas, confundiendo su hablar e imposibilitando que se entiendan y trabajen en coordinación.

Una vez más Dios suscita un justo, por quien espera restablecer la familia de Dios que ha sido su intención desde el inicio. Realiza una alianza con Abraham y le promete una descendencia que durará perpetuamente, por la cual Dios bendeciría a todas las familias y naciones del mundo.

Al final de Génesis, la descendencia de Abraham es grande, consiste de doce tribus, cada una encabezada por un hijo de Jacob, quien fue hijo de Isaac, hijo de Abraham. Por varios pormenores, el Pueblo Elegido de Dios, los hijos de Abraham, ahora identificados como hijos de Israel (el nuevo nombre dado por Dios a Jacob) se encuentran en Egipto.

En esta lección, veremos cómo la familia de Dios creció de ser una red de patriarcas tribales a ser una nación completa, bajo el liderazgo de un salvador y legislador asignado por Dios, Moisés.

II. De Egipto llamé a mi hijo

Moisés y Jesús

El inicio del libro de Éxodo debe recordarles algo. ¿Qué otra figura en la Biblia nació bajo la amenaza de muerte, por un tirano que ha decretado la muerte de todos los niños varones?

En la historia de Navidad sabemos que Herodes mandó tropas a Belén para matar a todos los niños hebreos (cfr. Mt 2:16). En Éxodo, el Faraón tiene un plan más insidioso para lograr el infanticidio: él ordena que las parteras de Egipto maten a cada niño varón que nace (Ex 1:15-16).

Moisés, incidentalmente, es salvado por un “arca” (es la palabra literal que se traduce “canastillo de junco” en Ex 2:3; de hecho, es la misma palabra usada con el arca de Noé en Gen 6:14).

El niño Moisés y el niño Jesús se salvan por el esfuerzo de miembros de su familia, Moisés por su madre y su hermana (Ex 2:1-10) y Jesús por su madre y padre (Mt 2:13-15; Ex 2:5-10). Y los dos quedan en el exilio por un tiempo, regresando cuando ya han muerto los que querían matarles (Mt 2:20 y Ex 4:19).

Hay muchos paralelismos entre Jesús y Moisés. Por ejemplo, Jesús ayuna por 40 días y noches en el desierto como hizo Moisés (Mt 4:1 y Ex 34:28); y como Moisés, Jesús sube a un monte y da una ley de alianza a su pueblo (cfr. Mt 5-7; Dt 5:1-21).

Moisés es el prototipo de todos los hombres de Dios mencionados en la Biblia. Los evangelistas, especialmente San Mateo, presentan a Jesús como un “nuevo Moisés”, un nuevo líder y rey, salvador y redentor, maestro, taumaturgo y profeta sufriente.

Y la historia de Moisés, especialmente por los elementos de la Pascua de los judíos, el partir el mar, la peregrinación en el desierto, y el pan de cada día del cielo, tiene un significado muy profundo para los católicos cuando leemos la Biblia.

El Hijo Primogénito de Dios

Moisés es llamado por Dios a librar a los Israelitas de su esclavitud en Egipto.

¿Qué motiva la acción de Dios? Actuó “acordándose de la alianza que había hecho con Abraham, Isaac y Jacob” (cfr. Ex 2:24; Sal 105:8-11). Es por eso que se identifica repetidamente ante Moisés como “el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob” (cfr. Ex 3:6, 13, 15; 6:2-8).

Dios había avisado a Abraham en un sueño que el pueblo sería esclavizado y oprimido por 400 años, pero que Dios los libraría (cfr. Gen 15:13-15). En este punto de la historia, los Israelitas han estado en Egipto por 430 años, los primeros 30 años como invitados con privilegios por ser parientes del primer ministro del Faraón, José, y los demás años como esclavos (cfr. Ex 12:40).

Había llegado el tiempo para cumplir su promesa a Abraham, hacer de sus descendientes una gran nación y darles una tierra propia, bella y abundante (cfr. Gen 28:13-15).

Dios manda a Moisés a decir al Faraón que “Israel es mi hijo, mi primogénito” (Ex 4:22; Sir 36:11).

Otra vez Dios quiere establecer su santa familia. Esto es evidente cuando dice a Moisés: “Los tomaré a ustedes como pueblo mío, y yo seré su Dios” (Ex 6:7). Esto anticipa la alianza que va a hacer con ellos en el Sinaí (Ex 19:5).

Fíjense en el perfil de Dios en Éxodo, lo que dice y lo que no dice. Él no es un Creador apartado o distante.

En Éxodo, Dios se revela verdaderamente como el divino Padre de Israel (cfr. Dt 32:6). Salva a sus hijos (cfr. Ex 12:29-31), los viste (cfr. Ex 12:35-36), los guía (cfr. Ex 13:21-22), les da de comer (cfr. Ex 16:1-17:7), los protege (cfr. Ex 14:10-29; 17:8-16), les enseña (cfr. Ex 20:1-17; 21:1-23, 33), y habita entre ellos (cfr. Ex 25:8; 40:34-38).

En pocas palabras, es un Padre para ellos (cfr. Os 11:1).

No es solamente un Padre para Israel. Israel es su hijo *primogénito* pero no *único*. Dios es Dios de todas las naciones y quiere ser padre de las otras naciones también. Pero Israel es su primogénito, su orgullo y su gozo. Israel es llamado de Egipto para mostrar a las naciones la manera de vivir como hijos.

Israel, y su líder, tienen que ser justos antes que pueda predicar justicia a las otras naciones. Esto es lo que está pasando en esa extraña escena antes del encuentro con el Faraón cuando dice que Dios quiso *matar* a Moisés (Ex 4:24-26).

Dios está en serio con respecto a su alianza, y nadie puede ser exento de sus exigencias. Moisés estaba violando la alianza de Dios con Abraham. Su hijo, Gerson no había sido circuncidado como Dios mandó (cfr. Gn 17:9-14). La mujer de Moisés, Séfora, decide el asunto y hace la circuncisión, salvando la vida de Moisés.

Las plagas del Faraón

El Faraón es castigado, su nación puesta bajo juicio, por no respetar los derechos del hijo primogénito de Dios.

El Faraón comete el grave error de burlarse del poder del Dios de Moisés (cfr. Ex 5:2). En las diez plagas que Dios le manda, el castigo es para el Faraón, y representa un juicio contra los muchos dioses de Egipto (cfr. Ex 12:12; Nm 33:4):

En contra del supuesto dios del río Nilo, Hapi, se manda la plaga de sangre (cfr. Ex 7:14-25).

Heket, la diosa de las ranas, es burlada por medio de la plaga de ranas (cfr. Ex 8:1-15).

En contra del dios toro, Apis, y la diosa vaca, Hathor, se manda la plaga del Ganado (cfr. Ex 9:1-7).

En contra del supuesto dios del sol, Re, se manda la plaga de tinieblas (cfr. Ex 10:21-23).

Los estudiosos piensan que cada una de las plagas está vinculada con una deidad específica. Hasta la última plaga que mata a los primogénitos de Egipto hace referencia a los dioses políticos de Egipto, porque el Faraón era adorado como un dios y sus hijos divinizados en ceremonias especiales.

Por estas acciones, obradas por Moisés, Dios demostró su poder, dando prueba que el Dios de Israel era “un dios más grande que cualquier otro” (cfr. Ex 18:11; 9:16; 11:9).

La Pascua y Nuestro Cordero Pascual

Los primogénitos de Israel no sufren en la última plaga y se salvan del destino de los primogénitos de Egipto.

Tenemos que leer la historia de la Pascua cuidadosamente. Esta historia tiene gran influencia para la forma y el sentido de lo demás del Antiguo Testamento. Es muy importante para entender las creencias católicas sobre el sentido de la cruz, la salvación ganada para nosotros en la cruz, y el memorial de nuestra salvación que celebramos en la Misa.

La historia de la Pascua es uno de los dramas del Antiguo Testamento que define todo el sentido del conjunto. Más allá, nos señala el drama definitivo de toda la historia de la salvación, el sacrificio de Jesús en la Cruz.

Desde sus primeros días, la Iglesia ha entendido la crucifixión y la resurrección como “la Pascua del Señor” (CIC n. 557-559, 1174, 1337, 1364, 1402). La Eucaristía, es el memorial de la Pascua del Señor.

Por esta razón, el sacerdote nos presenta la hostia consagrada y dice: “Este es el Cordero de Dios... Dichosos los invitados a la Cena del Señor”. La liturgia está combinando dos pasajes del Nuevo Testamento (cfr. Jn 1:29; Apoc 19:9). ¿Pero por qué Jesús tiene este título en el Nuevo Testamento? La respuesta está en la historia de la Pascua.

La Antigua creencia de la Iglesia está basada en la interpretación de la historia del Éxodo, iniciada por Jesús y los autores del Nuevo Testamento.

Leamos adelante en la narración de la crucifixión en San Juan (cfr. Jn 19). Cuando Cristo es condenado, San Juan nota que “era el día de los preparativos para la Pascua, cerca de medio día.” ¿Por qué este detalle? Porque este era el momento preciso en que los sacerdotes de Israel sacrificaban los corderos para la Cena Pascual (cfr. Jn 19:14).

Más tarde, los soldados burlones le dan a Jesús una esponja empapada con vino. Lo levantan hasta Él con una rama de hisopo. Es el mismo tipo de hisopo que los Israelitas usan para untar los postes de sus puertas con la sangre del cordero pascual (Jn 19:29; Ex 12:22).

¿Y por qué los soldados no quiebran las piernas de Jesús (Jn 19:33, 36)? San Juan lo explica con una cita del Éxodo, diciéndonos que era porque las piernas de los corderos pascuales no se quebrarían (cfr. Ex 12:46; Nm 9:12; Sal 34:21).

Hay más paralelismos que podemos sacar en el Evangelio de San Juan y en los otros evangelios. La crucifixión es presentada en el Nuevo Testamento como un sacrificio pascual. Jesús es a la vez el cordero sin mancha y el Sumo Sacerdote que ofrece el Cordero en sacrificio. Para los autores del Nuevo Testamento, lo que estamos leyendo ahora en Éxodo es una señal que nos dirige a Jesús.

En la Pascua, Israel fue liberado por la sangre del cordero sacrificial sin mancha untada en los postes de sus puertas. El cordero muere en vez del primogénito, es sacrificado para que viva la gente, “salvados por la sangre del Cordero” (cfr. Apoc 5:12; 7:14; 12:11). Es lo mismo con la Pascua del Señor, su cruz y resurrección. El cordero de Dios muere para que el pueblo de Dios pueda vivir, salvado “por la sangre del Cordero” (cfr. Apoc. 7:14; 12:11; 5:12).

“Porque Cristo, nuestro Cordero pascual, fue inmolado” dice San Pablo (1 Cor 5:7). En la cruz, San Pedro nos dice, Jesús era “un cordero sin defecto ni mancha”. Por su “sangre preciosa” fuimos “rescatados” de la cautividad del pecado y la muerte (cfr. 1 Pe 1:18-19).

Esto es lo que está pasando en Éxodo. Los hijos e hijas primogénitos de Dios son “rescatados” o “redimidos”, liberados de la cautividad y la esclavitud (cfr. Ex 6:6; 15:13; Sal 69:18; Is 44:24; Gen 48:10).

Los Israelitas recibieron instrucción de recordar la primera Pascua cada año, comiendo la carne asada del cordero pascual. Y en su última cena, celebrada durante la Pascua, Jesús enseña a sus seguidores a recordar Su Pascua en la Eucaristía, en que comemos su carne y bebemos su sangre (cfr. Jn 6:53.58).

III. Realizando la Antigua Alianza

Imágenes del Nuevo Éxodo

La gran obra de Dios de liberación en el Éxodo moldeó la identidad y la imaginación de los Israelitas. Vamos a encontrar referencias a este Éxodo en muchas partes del Antiguo Testamento.

El Éxodo fue la señal divina que convenció a los Israelitas que eran el pueblo escogido por Dios. ¿Cuál otro pueblo podría decir que Dios lo liberó personalmente en su tiempo de prueba?

Escuchamos esta fe en la canción que Moisés canta cuando el pueblo llega al otro lado del Mar Rojo: “¿Quién como tú, Yavé, entre los dioses?...Guiaste con amor al pueblo que rescataste...Lo oyeron los pueblos y se turbaron...mientras pasó el pueblo que compraste” (Ex 15:11, 13, 14, 16).

La memoria de las obras maravillosas acá en Éxodo, se volvieron la fundación de la identidad de Israel y la base de todas sus esperanzas en el futuro.

Más tarde en el Antiguo Testamento, cuando Israel por su pecado había caído en cautividad y exilio, los profetas predecirán un “nuevo Éxodo” dirigido por un Mesías, un nuevo Moisés, que traería una mayor redención y liberación del pueblo de Dios (cfr. Is 19:25, 27; 11:15-16; 43:2, 16-19; 51:9-11). Este nuevo Éxodo, como predijo Jeremías, marcará el inicio de una “Nueva Alianza” (cfr. Jer 23:7-8; 31:31-33).

En el Nuevo Testamento, Jesús es el Nuevo Moisés, guiando un nuevo éxodo, liberando al Pueblo de Dios de su último enemigo, el pecado y la muerte. Veremos todo esto en la última lección, cuando veamos con más detalle el Nuevo Testamento.

Mientras leemos la historia del pueblo cruzando el Mar Rojo y de la prueba de Israel en el desierto más allá del mar, necesitamos recordar cómo estas escenas son entendidas en el Nuevo Testamento. En el Nuevo Testamento, y por toda la tradición de la Iglesia, estos eventos históricos se describen como símbolos de los sacramentos del Bautismo y la Eucaristía.

Como los Israelitas pasaron por las aguas a la libertad y a una nueva identidad de pueblo escogido de Dios, así también el cristiano en el bautismo es liberado del pecado y hecho hijo de Dios. Y como los Israelitas recibieron maná del cielo y agua de la roca, al cristiano le es dado el pan celestial y la bebida espiritual de la Eucaristía.

Nuestros antepasados...recibieron ese bautismo de la nube y del mar,” escribió San Pablo, “Todos comieron del mismo alimento espiritual y bebieron la misma bebida espiritual, el agua que brotaba de la roca espiritual que los seguía; y la roca era Cristo” (cfr. 1 Cor 10:1-3)

La Prueba en el Desierto

San Pablo también dijo que debemos leer la narración de la prueba de Israel en el desierto como “escrito para instruir a los que vendrían en los últimos tiempos, es decir, a nosotros” (1 Cor 10:11).

A pesar de todos los signos y maravillas obrados por Dios, la historia de la peregrinación de los Israelitas al Sinaí después del Éxodo es una historia de terquedad y ceguera, de la incapacidad del pueblo para confiar que Dios estaba con ellos, y que el Dios que los libró también los iba a cuidar en el camino.

Muy luego, murmuraron en Mará que el agua era demasiado amarga, y Dios respondió dando a Moisés el poder de dulcificarla (Ex 15:22-25).

Un mes después, estuvieron murmurando sobre la comida en el desierto de Sin. Dios les dio maná del cielo, proveyendo el pan de cada día por 40 años (Ex 16). Este es el maná que Jesús dijo que era símbolo de la Eucaristía (cfr. Jn 6:30-59).

Pero esto no es prueba suficiente para ellos. Tenían sed en Meribá y Masá y pusieron a Dios a prueba: “¿Está o no está el Señor con nosotros? (Ex 17:2, 7). Entonces Moisés golpeó la roca, como Dios le instruyó, y las aguas brotaron para la gente.

Cuarenta años después, en el libro de Deuteronomio, Moisés explicó a los Israelitas que Dios hizo todo esto “para probarte y conocer lo que había en tu corazón, si ibas o no a guardar sus mandamientos...Dense cuenta de que el Señor su Dios los ha corregido del mismo modo que un padre corrige a su hijo” (Dt 8:2-5).

¿Por qué Dios prueba a Israel si Él sabe todo desde siempre? La respuesta se encuentra en lo último que dijo Moisés: Las pruebas son una forma de disciplina paternal por la cual Él fortalece a su hijo.

Dios no prueba a Israel para aprender algo que no sabe desde antes. Lo prueba para hacerle más fuerte, para enseñar a la gente lo que ellos no saben: cuánto necesitan a Dios, cómo, sin Él, no serían nada. Dios los probó, dice Moisés, para que no se equivocaran y pensarán que su libertad y su prosperidad se debían sólo a sus propios esfuerzos.

“No se les ocurra pensar: ‘Toda esta riqueza la hemos ganado con nuestro propio esfuerzo’. Deben acordarse del Señor su Dios, ya que ha sido Él quien les ha dado las fuerzas para

adquirirla, cumpliendo así con ustedes la alianza que antes había hecho con los antepasados de ustedes” (Dt 8:17-18).

Un reino de sacerdotes, una nación consagrada

En el Sinaí, Dios revela su intención plena para con su pueblo escogido, el porqué los llevó sobre alas de águila y los trajo a estar con Él (cfr. Ex 19:4). Dios quiere que su hijo primogénito, su propio pueblo, sea un reino de sacerdotes, una nación consagrada” (Ex 19:6).

En la alianza del Sinaí, llegamos a un punto clave de la historia de la salvación. Recuerden lo que hemos visto: Cuando Dios realiza una alianza, está formando una familia. Está emparentándose con la gente, creando hijos e hijas de adopción.

Tomen en cuenta, también, que las imágenes del Antiguo Testamento nacen de la forma de la familia en la antigüedad. En la antigua familia, los padres eran a la vez “reyes” (gobernantes, legisladores, protectores) de su familia y también “sacerdotes” quienes presidían la familia en el culto y el sacrificio. El hijo “primogénito” era el que heredaba la autoridad y las funciones reales y sacerdotales del padre.

Desde Adán, Dios había estado buscando a un “hijo primogénito” digno de su llamada a guardar y proteger la creación, ofrecerle sacrificios de alabanza y acción de gracias, ser luz para todos los pueblos, y habitar con Él íntimamente.

Adán fue el padre fundador, hecho señor de la creación e investido con funciones sacerdotales para guardar y cultivar la creación de Dios (Gn 1:26; 2:15). Noé también fue padre de familia, y sus descendientes los “primogénitos” con quienes Dios repobló la tierra después del diluvio. Dios entonces escogió a Abram, cuyo nombre significa “padre poderoso” y lo transformó en *Abraham*, nombre que quiere decir “padre de una multitud”.

En toda esta historia vemos que Dios es forzado a ignorar a los primogénitos en muchas instancias por ser demasiado orgullosos, injustos y violentos. Hemos visto esto en el caso de Caín, Ismael y Esaú, para dar solamente tres ejemplos. De hecho, entre todos los “primogénitos” en Génesis, solamente la descendencia de Sem fue fiel.

Pero Dios siguió fiel a su plan y a su promesa. Con Israel, su primogénito, está iniciando otra vez. Ellos serán su familia, sus herederos reales. Por eso, Moisés instruyó que el primogénito de Israel fuera consagrado a Dios y así dedicado a su servicio sacerdotal (cfr. Ex 13:2, 15; 24:5).

Aquí en el Sinaí, Dios revela que Él quiere que Israel sea en la familia de las naciones lo que fue el primogénito del antiguo sistema de familia: sacerdote y rey.

Dios está haciendo una nación de su familia, pero una nación singular. Israel será una “nación consagrada,” apartada de las otras naciones, un ejemplo de santidad y justicia, un instrumento por el cual Dios extiende su salvación a todas las naciones.

La alianza de Dios en el Sinaí, como hemos visto, es para cumplir su promesa de bendecir a todas las naciones del mundo por medio de los descendientes de Abraham. Así Israel es consagrado “luz de las naciones” en el Sinaí, para guiarlas en los caminos de la santidad (cfr. Is 42:6; 49:6).

Pero siempre con una condición. Dios dice en el Sinaí, “Si de veras me obedecen y guardan mi alianza, serán mi propiedad personal... un reino de sacerdotes” (Ex 19:5).

La alianza de Dios es condicional. Para experimentar sus bendiciones, Israel tiene que cumplir su alianza, obedecer sus condiciones (que se encuentran en Ex 20-23). Si no cumplen su alianza, serán “no-pueblo” y su número borrado de la faz de la tierra (cfr. Dt 32:21; Os 1:9; 1 Pe 2:10).

Debemos leer los Diez Mandamientos y las leyes que los siguen como una ley familiar de la alianza, un código de la casa del Señor. Estas leyes gobiernan relaciones dentro de la creciente familia nacional de Israel. Enseñan cómo resolver conflictos, cómo tratar a esclavos, qué respuesta dar a actos de violencia, cómo es que hay que restituir robos y daños a la propiedad; y cómo relacionarse con la autoridad, divina o humana.

Después de escuchar las palabras de Dios, Israel jura cumplir la alianza (cfr. Ex 19:8; 24:3, 7). Moisés construye un altar con 12 pilares, simbolizando que todas las tribus de Jacob han aprobado la alianza (cfr. Ex 24:4).

Moisés toma la sangre de los animales sacrificados y rocía al pueblo, explicando que “Esta es la sangre de la Alianza que Yavé ha hecho con ustedes” (Ex 24:8). Sangre es el símbolo de las relaciones familiares. Esto es lo que realiza la alianza, hace del pueblo de Israel hijos e hijas de Dios.

Jesús ocupa las mismas palabras en la Última Cena, pero agrega la palabra “nueva” indicando que por su sangre derramada en la cruz por muchos, Dios está realizando una Nueva Alianza (cfr. Mc 14:24; Mt 26:28).

Esto es un signo para nosotros que lo que estamos leyendo aquí en el Éxodo “prefigura” la Nueva Alianza. Es un cumplimiento parcial del plan de Dios. El total cumplimiento lo hará Jesús.

Esta Nueva Alianza será “por muchos” (como el “pro multis” del nuevo sacramentario en las palabras de consagración, quiere decir “por todos”). En la Nueva Alianza, Jesús promete a sus doce apóstoles que se sentarán en juicio sobre las doce tribus de Israel (Lc 22:30) y como el altar en el Sinaí se construyó sobre doce pilares representando las doce tribus, la Iglesia de Jesús será fundada sobre “los doce apóstoles del Cordero” (Apoc 21:12, 14).

Todas las alianzas se sellan con una comida ritual, razón por la que Moisés y los 70 ancianos se sientan a comer en la presencia de Dios (Ex 24:9-11).

Más tarde, cuando Israel está en el exilio como consecuencia de romper la alianza, los profetas recordarán esta intimidad con Dios, ese comer y beber en su presencia, y enseñará al pueblo a esperar el día de un nuevo banquete, cuando otra vez comerán en Su presencia en Su santo monte (cfr. Is 55:1-3; Prov 9:1-6).

Esta esperanza también es cumplida en la venida de Jesús, quien habla del Padre haciendo un banquete de bodas para su Hijo (Mt 22:1-14) y describe el reino de Dios como una gran fiesta (cfr. Lc 14:12-14).

El Becerro de Oro

Al no más ratificar su alianza con Dios, el pueblo cayó en idolatría. Moisés sube al monte para recibir instrucciones detalladas sobre la construcción y decoración del arca, donde habitaba Dios (cfr. Ex 25-31), y mientras tanto el pueblo abajo hace un becerro de oro y empieza a adorarlo.

Los rabinos antiguos decían que lo que el fruto prohibido fue para Adán, así fue el becerro de oro para Israel. Fue una segunda pérdida de la gracia. El becerro es una imagen de Apis, el dios egipcio de la fertilidad, y el culto que le da Israel es una parodia de la alianza de Sinaí. Como hizo Moisés, construyeron un altar, madrugaron para ofrecer sacrificios y comieron y bebieron en una comida ritual. También, dice la Sagrada Escritura, “se levantaron para divertirse,” un eufemismo por decir que participaron en orgías como las asociadas con el culto de Apis (Ex 32:1-6).

Dios deshereda a Israel. Hay que notar cómo expresa esto. No habla de los Israelitas como su pueblo especial (cfr. Ex 3:10; 5:1; 6:7). Le dice a Moisés que los Israelitas son “tu pueblo, que tú has sacado de la tierra de Egipto (Ex 32:7).

Moisés intercedió por el pueblo, hasta ofrecer ser borrado del libro de la vida por ellos (Ex 32:31-32).

Aunque merecen morir por violar la alianza, y de hecho los levitas matan a 3,000 de ellos, el pueblo es perdonado por Dios. Pero la condición de Israel no era la misma. Nunca jamás se habló de Israel en el Antiguo Testamento como “reino de sacerdotes y nación consagrada.”

El plan de Dios para un reino de sacerdotes tuvo que esperar hasta la fundación de la Iglesia (1 Pe 2:5-9; Apoc 1:6).

Los primeros cuatro capítulos de Números nos narran lo que pasó inmediatamente después del acontecimiento del becerro de oro. Moisés hace un censo detallado (la razón por el nombre del libro) y establece la autoridad de los Levitas.

Los Levitas, la única tribu que no adoró el becerro de oro y los únicos que contestaron la llamada de Moisés (Ex 32:26), son “consagrados” u ordenados sacerdotes para la nación (Ex 32:26-29). Ya los hijos primogénitos no van a heredar el rol sacerdotal del padre de familia. Los Levitas son escogidos en vez de los hijos primogénitos (Num 3:11-13.45).

Por la primera vez, una distinción se hará entre sacerdote y laico. Antes cada primogénito era un sacerdote (cfr. Ex 13:2, 15; 24:5). Después, cualquiera que no es Levita y pretende ejercer funciones sacerdotales: “El que se acerque morirá” (Num 3:10).

IV. Después del Becerro de Oro

Leyendo Levítico

El carácter de la relación entre Dios y su pueblo escogido ha cambiado. Dios no puede habitar entre su pueblo. Los Levitas tienen que estar entre Dios y su pueblo. Así terminamos nuestra lectura de Éxodo y empezamos Levítico.

Levítico es parte de la renovación de la alianza necesaria por la rebeldía asociada con el becerro de oro. El pecado de Israel fue tan grave que requirió una segunda legislación.

Los Diez Mandamientos en esencia fueron una ley moral, pero esta segunda ley es más jurídica y ritual, incluyendo el castigo de criminales y las reglas para el sacrificio de animales. La segunda ley refleja la condición de Israel caído después del becerro de oro. Es tan detallada que llena la última parte de Éxodo (capítulos 33-40), todo el libro de Levítico y los primeros diez capítulos de Números.

Recuerden esto mientras leen los capítulos de Levítico. Es el manual de los sacerdotes levíticos. Antes del becerro de oro, el Levítico no hubiera sido necesario. Después del becerro de oro, el Levítico fue necesario. No hay que fijarse tanto en todas las prescripciones de la ley ritual, pero no deben ignorar el libro con la idea de que ya no aplica a nosotros los Católicos. Levítico es la continuación de la historia del éxodo de la familia de Dios.

Hay que recordar al leer de los riñones y las entrañas y todos los detalles cruentos de los sacrificios, que Dios originalmente no quiso sacrificio de animales. Él no tiene necesidad de que se sacrifiquen millones de vacas y cabros. Lo que Dios siempre prefiere es la alabanza de alguien que camine con Él en un espíritu contrito y humilde (Sal 50:8-14; Sal 51:18-19).

El sistema sacrificial es impuesto como un tipo de castigo corporativo de la nación entera. Los tres animales que Dios pidió a Israel en sacrificio—reses, ovejas y cabros—eran venerados como dioses por los egipcios.

Dios trató a Israel como si su pueblo fuera adicto a la idolatría. Como hemos visto, fue más fácil sacar a Israel de Egipto que sacar a Egipto de Israel.

Los sacrificios de animales requeridos por la ley fueron un recuerdo de su apostasía con el becerro de oro. Cada día a la fuerza tenían que recordar su pecado y hacer penitencia, ritualmente sacrificando los “dioses” que adoraban antes. De esta manera, Dios esperó liberar el corazón de Israel de la esclavitud de la idolatría (cfr. Jos 24:14; Ez 20:7-8; Hech 7:39-41).

Haciendo Números de la Segunda Generación

Los Levitas tenían la misión de asistir a la segunda generación de Israel, y enseñarle el camino de la santidad para que no cayera como la primera. Pero tampoco aprendió la segunda generación. Lo veremos en las historias narradas en Números, empezando con la partida de la gente del Sinaí (cfr. Num 10:11).

Números narra la historia de la segunda generación y sus pruebas en camino a la Tierra Prometida. Los hijos de los que salieron de Egipto se hicieron aun más infieles que sus padres. Finalmente, fueron condenados a vagar en el desierto por 40 años, “sufriendo por su infidelidad” (cfr. Num 14:33-34).

Aún durante sus recaídas, Dios nos dio signos del Redentor que iba a mandar:

Por ejemplo, Moisés levanta la serpiente de bronce para sanar a los Israelitas incrédulos, prefigurando la cruz (cfr. Num 21:4-9; Jn 3:14).

Y el profeta mercenario, Balaam, mandado a hacer una maldición a Israel, es utilizado por Dios para pronunciar una profecía que: “un astro se levanta desde Jacob, un cetro se yergue en Israel.” Recordamos esta profecía en la liturgia del tiempo de Navidad, y se asocia la estrella de Balaam con la que siguieron los Magos (cfr. Num 24:15-17; Mt 2:1-2).

La infidelidad de la segunda generación, sin embargo, culmina en la zona oriental fronteriza a la Tierra Prometida, en la llanura de Moab. Allí Israel es seducido y le da culto a Baal de Peor, un dios de los moabitas (Num 25).

Hay semejanzas entre esta historia y la del becerro de oro (cfr. Ex 34). La adoración de un dios falso es acompañada con inmoralidad ritual y es castigada con una matanza de Israelitas. En el acontecimiento del becerro de oro, los levitas se distinguieron con su celo y sus espadas. Esta vez, un cierto levita, Finjas, en su celo por el Señor, mata una pareja de idólatras. Por esto Dios le recompensa prometiéndole “darle el sumo sacerdocio para siempre, a él y a su descendencia” (cfr. Num 25,13).

Una Segunda Ley

Lo que fue el escándalo del becerro de oro para la primera generación en Sinaí, así fue el episodio de Baal Peor en la llanura de Moab para la segunda.

Números explica por qué Deuteronomio fue necesario. Escrito 40 años después del Éxodo, Deuteronomio es literalmente “la segunda ley” para gobernar las 12 tribus laicas. Fue elaborado inmediatamente después de la apostasía y el pecado del culto de Baal Peor.

Fíjense que la ley es hecha por Moisés, no por Dios. Es la gran diferencia con la Ley del Sinaí, presentada en las propias palabras de Dios y entregada personalmente por Él. Deuteronomio, explicará Jesús, es la ley de Moisés, una ley para los duros de corazón (cfr. Mt 19:8).

Basado en su trayectoria desde el éxodo, Moisés sabe que el pueblo no puede alcanzar a cumplir la ley del Sinaí, y mucho menos los estándares de santidad propuestos para los levitas. Deuteronomio es una ley para niños rebeldes. Esto explica por qué en Deuteronomio Moisés da permisos insólitos en la Biblia, de cosas que parecen contradecir las normas de la alianza de Sinaí.

Entre otras cosas, Moisés permite el divorcio y segundas nupcias (Dt 24:14); casarse con esposas esclavas y extranjeras (cfr. Dt 21:10-14), y la guerra genocida contra los Canaanitas (cfr. Dt

20:1617). En cada caso, estas concesiones son “males menores.” Por ejemplo, la justificación de matar a los canaanitas es por la tentación de paganismo que representan.

Esta no es la ley de Dios, sino la legislación de concesiones. Moisés estaba tratando con una gente dura de cerviz. Como Dios le explicó después al profeta Ezequiel, “Y hasta llegué a imponerles leyes que no eran buenas y mandamientos con los que no podían encontrar la vida” (Ez 20:25).

No es que Dios había abandonado la idea de que el pueblo debe ser santo. Exigiendo que Israel ofreciera en sacrificio los primogénitos de sus rebaños y hatos (cfr. Dt 15:19-20) en un santuario central (cfr. Dt 12:5-18), Moisés esperaba recordar a Israel su llamada a la santidad. Pero los estándares del pueblo eran muy bajos en comparación con los de los levitas.

Estudiosos han podido ver que mientras la alianza de Éxodo tiene semejanzas con las “alianzas familiares” del mundo antiguo, Deuteronomio se asemeja a los convenios hechos entre reinos y los estados vasallos que habían conquistado. Y Deuteronomio es un yugo muy duro, impuesto a Israel como una carga, para quebrantar el corazón duro del pueblo. Sin embargo, Moisés predice que esta ley no los salvará de las maldiciones consecuentes de no cumplir la alianza.

De hecho, él profetiza que todas las maldiciones de la alianza caerán sobre Israel un día (cfr. Dt 30:1-19; 31:16-29).

Primero, sugiere que las maldiciones son condicionales: “si no obedeces la voz de Yavé” (Dt 28:15), y describe con sombrío detalle los castigos del exilio, saqueo y otros sufrimientos (cfr. Dt 28:16-68).

Sin embargo, dos capítulos después, dice con seguridad que todas esas maldiciones caerán sobre Israel. Pero, cuando caigan, promete Moisés, Dios los salvará otra vez, mostrándose misericordioso, “si vuelven al Señor ustedes y los hijos de ustedes y lo obedecen” (Dt 30:1-2).

Las maldiciones que Israel tendrá que aguantar, profetiza Moisés, por último los llevará al arrepentimiento. Y entonces, dice él, “Yavé, tu Dios, circuncidará tu corazón y el corazón de tus descendientes para que ames a Yavé con todo tu corazón y con toda tu alma y para que vivas” (Dt 30:6).

Fíjense que anteriormente, Moisés había ordenado al pueblo circuncidar sus corazones (cfr. Dt 10:16). Sin embargo, aquí al final del Deuteronomio, reconoce que Israel no es capaz de hacerlo, que solamente la gracia de Dios puede cambiar los corazones del pueblo.

Esta es la promesa que los profetas enseñaron esperar a Israel durante sus años de exilio y cautividad.

Ezequiel promete que Dios le dará al pueblo un nuevo corazón, quitando sus corazones de piedra (cfr. Ez 36:22-28). Jeremías, en el único pasaje del Antiguo Testamento que habla específicamente de la “Nueva Alianza,” dice que Dios escribirá su ley en el corazón del pueblo (cfr. Jer 31:31-33).

Estas promesas esperarán su cumplimiento hasta la venida de Jesús. Moisés había profetizado la venida de “un profeta como yo” (cfr. Dt 18:15). Jesús será ese profeta (cfr. Jn 6:14; 7:40; Hech 3:22; 7:37).

Pero el libro de Deuteronomio termina con la muerte de Moisés, de 120 años, encima del Monte Nebo. La tierra prometida a Abraham, Isaac y Jacob estaba a la vista, pero no le tocó entrar.

V. Preguntas para estudio

1. ¿Cuáles son algunos paralelos entre la vida de Moisés y la de Cristo?
2. ¿De cuál alianza está acordándose Dios cuando Él rescata a Israel de la esclavitud de Egipto?
3. ¿Por qué podemos decir que Dios se retrata en Éxodo como un Padre cariñoso de Israel, su primogénito hijo?
4. ¿Por qué la crucifixión y la resurrección de Jesús se llaman la “Pascua del Señor”? ¿Por qué podemos decir que la Pascua del Señor es semejante a la Pascua de Israel en el Éxodo?

Para orar y reflexionar:

Lee el discurso del Señor sobre el Pan de Vida (Jn 6:27-59) y después lee de nuevo la historia del maná en el Éxodo (Ex 16:1-5, 9-15). Pide en tu oración entender más profundamente el sentido de las palabras del Señor: “Sus antepasados comieron el maná en el desierto, pero murieron: aquí tienen el pan que baja del cielo, para que lo coman y ya no mueran” (Jn 6:49-50).